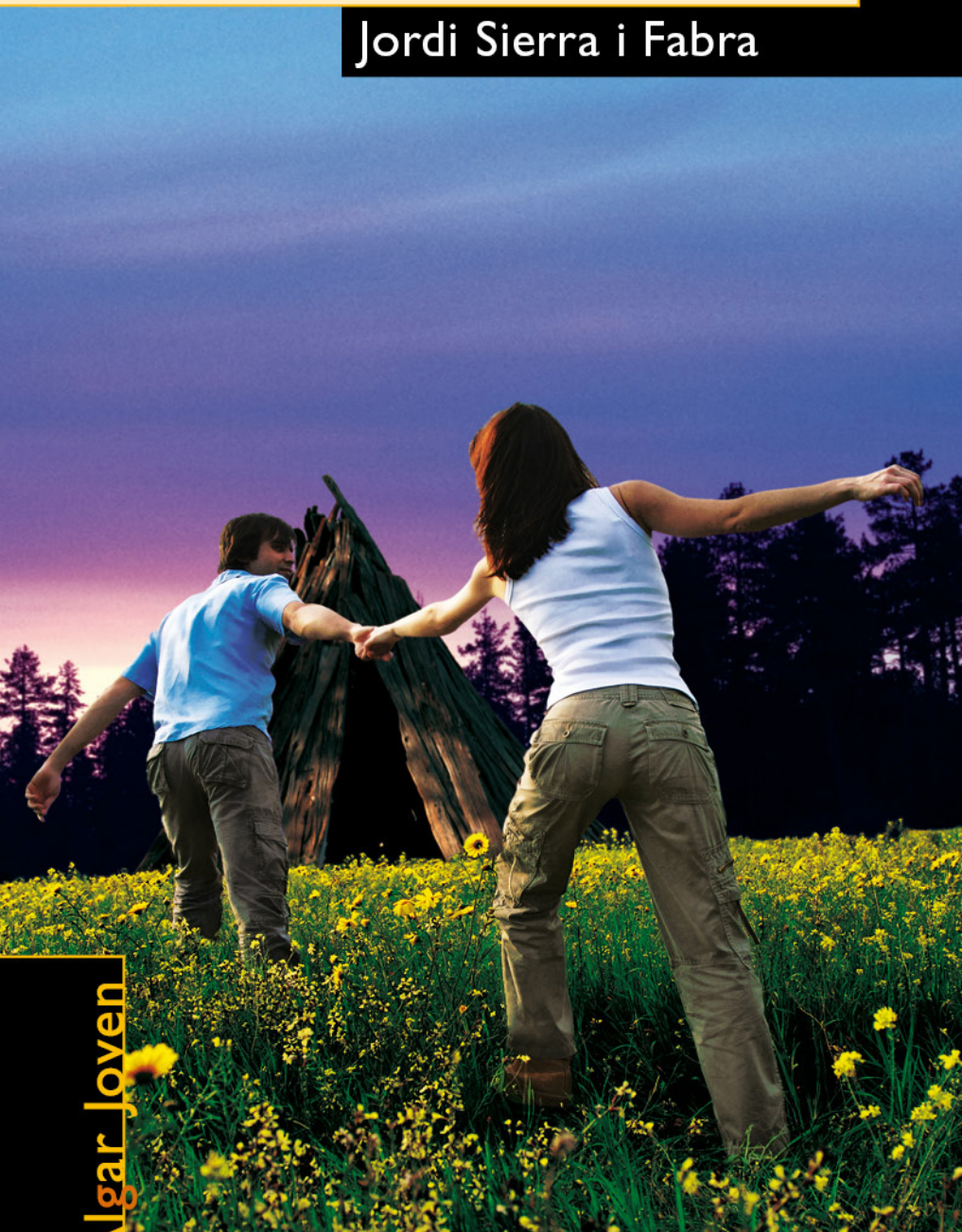


# El último verano miwok

Jordi Sierra i Fabra



Algar Joven

Una cultura milenaria cambiará su vida

A MODO DE PROGRAMA DE MANO  
(... PORQUE LA VIDA ES  
COMO UNA SINFONÍA)

Forman esta novela dos historias reales, separadas entre sí, pero unidas en lo más esencial. Son dos historias de honestidad y de verdad, de búsqueda principalmente, de encuentros y esperanzas, de futuro. Su pequeñez o grandeza debemos hallarla en nosotros mismos, en el fondo de nuestros sentimientos.

Un muchacho, un hombre y un viejo hechicero indio.

Tres mundos, tres formas de entender la vida, tres dimensiones.

David, el personaje central, sintetiza el valor de lo esencial, el tesoro de energía que, siempre presente y actuante, alcanza, sin embargo, su punto culminante en la adolescencia. Pablo Lafarga, el hombre maduro, muestra el camino de la fe en el arte y la convulsión de su poder. Tortuga Veloz, el indio miwok, refleja la sabiduría y sensibilidad de la vejez, y el deseo de eternidad y perpetuidad, en un marco desconocido para nosotros. Los tres son origen y final de un mismo devenir. Unos descubrimos el mundo que otros nos legan, dando realidad al ciclo eterno de la existencia. En medio de sus formas de ser, de su modo de entender la vida, constituyen una historia viva que agrupa realidades tan dispares como el amor o la ecología, aunque, de hecho, todas las realidades vitales nos broten del corazón.

David desconoce la cultura de Tortuga Veloz, y lo mismo le pasa a éste respecto a la de su amigo; pero com-

parten el preciado don de la amistad y la comunicación. De ese equilibrio único surge un nuevo horizonte para ambos. Sin darse cuenta, hablan un mismo lenguaje universal, el lenguaje de la humanidad, el lenguaje de todos los que vivimos en este planeta y tenemos nuestras esperanzas depositadas en él, por encima de creencias y razas, y en un orden superior que forma el equilibrio de todas las cosas, vivas o simplemente... naturales.

Este libro es un homenaje a Tortuga Veloz y a los miwok, a su cultura, que se remonta a un pasado de cinco mil años, y a sus muertos, depositados en el antiquísimo cementerio próximo a Stockton. Su lucha es nuestra lucha.

Y es también un homenaje a todos los que anhelan un mundo ecológicamente sano en el gran pentagrama de la armonía universal.

## INTRO (OBERTURA)

Aquéllos fueron diez largos años...

Recuerdo que...

Recuerdo que papá olía a tabaco.

Y era como si este olor no sólo le impregnase por completo, sino también como si surgiera de su mismo interior, formando parte de su esencia. Vagamente le veo a veces, oculto en ese rincón del pasado, envuelto en una nube azulada que la luz, al colarse por la persiana, cortaba en segmentos horizontales. Estos recuerdos solían ser estáticos, igual que si le contemplase a través de fotografías o, mejor dicho, de hologramas perfectos.

Y, lamentablemente, nunca eran suficientes.

Únicamente el olor a tabaco, que yo odiaba, presente en toda la casa, hasta que desapareció con él, y entonces...

Nunca fui un niño, al menos en la medida en que lo eran los demás. Y nunca lo fui porque yo sabía que papá era distinto, o lo que es lo mismo, que jamás fue un padre, ni bueno ni malo. Sabía que estaba allí y que me quería, pero las necesidades de cada uno se miden por baremos distintos. Papá solía llamarme «amigo». Bastaba uno solo de sus besos para llenar el hueco dejado tras un día de encierro en su despacho, tecleando en la máquina de escribir. Yo únicamente podía detenerme ante la puerta, mientras mamá me decía:

—No entres, papá está trabajando.

Así que odiaba el trabajo, que era mi rival, y no entendía cómo a mi padre le daban dinero por escribir, cuando los padres de mis amigos sí tenían verdaderas ocupaciones, empleos útiles.

Y cuando papá me daba aquel beso, y yo le abrazaba, en cierto modo comprendía que nuestra relación tenía que ser mucho más intensa, por lo breve, que cualquier otra. Resumir el amor en un gesto, una palabra. Bien..., quizá no le comprendiese entonces y sí creo haberlo conseguido ahora, o tal vez fuese al revés. Tampoco yo soy el mismo.

Los recuerdos de aquel tiempo, a los pies del Tibidabo, tenían mucho que ver con el hambre. El hambre era un fantasma solapado a la vuelta de la esquina, y papá el loco absurdo que intentaba vencerla con su montaña de quimeras e ilusiones. Pasaba las horas que llenaban sus días, y los días que llenaban sus semanas, y las semanas que llenaban sus años, encerrándose en su vida, y en aquella habitación oscura, rodeado de música y de sueños. Parecía que nunca se acostase, y que viviese allí, encadenado por una fuerza invisible y más poderosa que ninguna otra. Llenaba páginas y soportaba fracasos con un empuje casi sádico, volviendo a comenzar otro libro, y repitiendo que eran todos los demás, todos, los que estaban equivocados.

Entonces las peleas con mamá, y el holograma que se estremecía igual que el humo, bajo la presión de la zozobra.

—¡Lo conseguiré!

—¿Cuándo?

Tiempo. Eso era todo. Tiempo. Nadie puede almacenar el agua con las manos, ni el tiempo con la vida. Tic-tac. Tiempo. Nervio a nervio. Nube a nube. Libro a libro.

Sí, papá olía a tabaco, y nunca llegué a imaginar cuánto echaría de menos ese maldito olor.

Hoy trato de bucear, no ya en aquellos recuerdos, sino en mí mismo, y me siento como aquellas volutas de humo que siempre parecían danzar sobre su cabeza, formando parte de él. Jamás tenían la misma forma y así es como me siento y me veo yo. Fue un contacto demasiado breve para ser preciso, y estuvo posteriormente demasiado tamizado por la soledad para poder ser justo al valorarlo. De hecho, lo importante no fueron los siete años con él, sino los diez posteriores sin él. Ellos dieron un sentido a los primeros.

Aquellos fueron diez largos años.

Papá.

Tenía estrellas en los ojos y diamantes en la sonrisa, fuego en su espesa mata de pelo y un torrente de calor brotando de sus manos. Jamás un grito para mí, aunque tampoco nunca un aliento gratuito. Me miraba. Sí, me miraba, y ese sí es un recuerdo vivo, porque su mirada tenía la sonrisa de todos y cada uno de los mil personajes que bullían en su cabeza. Y era única, especial para mí. Yo sabía que era MÍA, que tenía algo. Mamá era la vida, pero papá era el Sol, que brillaba siempre más allá de las nubes que lo envolvían.

La vida. El Sol.

La vida no transcurre alrededor de uno, ni siquiera con uno: transcurre dentro de uno. Él me lo dijo aquel día, el último día.

–No crezcas nunca, hijo.

–Yo quiero ser mayor.

–Y lo serás. Yo me refería a esto, a lo que hay aquí dentro.

Y apoyó su dedo índice en mi frente.

Luego se marchó, y ni siquiera me pidió que no le juzgara demasiado severamente. Su último beso fue una huella que traté de mantener despierta durante años. Siempre temí fallar. Aún hoy creo que fallé.

Imagino que, después de todo, no soy especial.

Él sí lo era.

Tiempo, mamá, amor, odio. Cada sentimiento en su lugar y un lugar para cada uno de ellos. Somos polvo de estrellas, y siendo así... Fueron unos largos, largos diez años...